

Las Relaciones Internacionales de Venezuela

Introducción

En el año 1999 se produjo en Venezuela un acontecimiento que, sin duda, constituye un hito de la historia contemporánea del país. Luego de cuarenta años de un régimen democrático, pero al final incapaz de responder a los retos sociales, le sucedió un régimen nuevo, electo sobre la base de promesas de cambio hacia una mayor equidad social, junto con una política exterior más afirmativa de la soberanía nacional.

La tesis que defendemos en este artículo es la de que el régimen autocalificado de revolucionario, que dirige a la nación desde hace cinco años, ha mostrado en sus relaciones con el mundo exterior una profunda contradicción entre su discurso teórico y sus efectos prácticos. El discurso es de contenido autonomista y solidario, en términos generalmente acordes con los mejores intereses del pueblo venezolano y que marcaría la continuación de pasadas iniciativas de corte democrático y autonomista. La actuación práctica del régimen, empero, ha constituido frecuentemente la negación de los principios del discurso oficial, y nos ha conducido hacia un creciente aislamiento y debilitamiento dentro de la comunidad internacional.

Venezuela y el mundo en épocas pasadas

Predispuesta por su localización geográfica a ser un país abierto a contactos e intercambios con el mundo exterior, Venezuela fue, durante su era prehispánica, una tierra de migraciones y de encuentro y mezcla de culturas.

Demetrio Boersner *

Durante la época colonial, junto con la formación de una identidad criolla (afectada internamente por conflictos entre clases y castas), Venezuela vivió la continuación de contactos con el mundo exterior a través del Mar Caribe, esta vez con las potencias nuevas deseosas de romper el monopolio colonial español. Junto con el contrabando de mercancías, se importaron ideas revolucionarias que contribuyeron a hacer de los venezolanos un pueblo pionero de la emancipación latinoamericana.

La Revolución Independentista de 1810 a 1825 transitoriamente elevó al pueblo venezolano a una condición heroica y sacrificada y sembró en su subconsciente colectivo una semilla de mesianismo latinoamericano, que se plasmó en un espontáneo "bolivarianismo" popular, sin demagogia ni estridencias.

En contraste con aquella hora estelar, la República de los Caudillos (1830-1935) significó la recaída del país en la dependencia y el desprestigio. La revolución emancipadora no había cambiado las estructuras de la sociedad colonial, y no había generado ninguna burguesía nacional emprendedora y dinámica. Ese factor aunado a otros, tales como las luchas civiles, el endeudamiento y la torpeza diplomática, hicieron que Venezuela pasara de la dominación colonial clásica por España a una dependencia neocolonial ante las potencias anglosajonas.

Muerto el último caudillo tradicional, y efectuada la transición de

una economía agraria a otra petrolera, Venezuela entró desde 1936 en la era moderna de su historia. Ello significó la ampliación y la paulatina profesionalización de su política exterior. Durante la Segunda Guerra Mundial, su importancia estratégica como país petrolero le permitió incrementar su soberanía en el trato con la comunidad internacional. El conflicto mundial favoreció, además, su desarrollo socioeconómico y su concientización política, y abrió el camino a iniciativas autonomistas y de protagonismo democrático en los años de posguerra.

Luego de la década dictatorial que significó un retroceso pasajero hacia una política exterior conformista, en 1958 se estableció el régimen democrático que durante cuarenta años orientó un importante proceso de modernización nacional. Durante estas cuatro décadas se renovó la diplomacia venezolana y, aunque no se alcanzó la meta de crear una verdadera política exterior de Estado, independiente de los cambios de gobierno, sí se establecieron ciertos grandes objetivos internacionales, implícitamente reconocidos por todos los bandos políticos. Estos objetivos eran: a) la promoción y defensa internacional de la **democracia**; b) la búsqueda de una creciente **autonomía** del país en el escenario político y económico mundial, en solidaridad con América Latina y el llamado Tercer Mundo, y c) la **seguridad** e integridad del territorio nacional. Hubo cambios de énfasis, pero ningún gobierno democrático dejó de recordar los tres objetivos. De 1958 a 1968 el tema predominante fue la lucha por la democracia; de 1969 a 1979 se dio prima-



cía a la autonomía, y de 1979 en adelante hubo frecuentes variaciones.

Entre los logros importantes de la democracia venezolana en sus relaciones con el mundo exterior entre los años 1958 y 1998, deben destacarse los siguientes:

Venezuela fue pionera, en América, de la lucha por el aislamiento de las dictaduras y la supranacionalidad de los valores de la democracia y los derechos humanos.

Venezuela fue, asimismo, pionera y protagonista de la estrategia reivindicativa de los países exportadores de petróleo a través de la OPEP y las políticas de control y eventual nacionalización de la extracción y comercialización de los hidrocarburos.

Venezuela desempeñó un papel resaltante en la promoción, en la década de los setenta, del Diálogo Norte-Sur en búsqueda de un Nuevo Orden Económico Internacional.

1999: anuncio de una política exterior nueva

El presidente electo en diciembre de 1998 estuvo empeñado desde el

primer momento en convencer al país y al mundo del carácter "revolucionario" de su régimen. En conformidad con ello, negó cualquier posible continuidad entre la política de las décadas anteriores y la que en el futuro emprendería su propio equipo, "patriótico", "popular" y sediento de "cambio". El nuevo gobierno afirmó que, a diferencia de la política exterior pasada, la futura tendría un carácter soberano y solidario y estaría vinculada a los anhelos del pueblo. Sin embargo, la Constitución Bolivariana, aprobada en diciembre de 1999, en sus artículos 152 y 153 de hecho ratifica, en lenguaje novedoso, las mismas bases de política exterior que se derivan de la Constitución de 1961 y de la praxis de los gobiernos anteriores.

1999 y 2000: dos años de ofensiva protagonista

Desde comienzos del año 1999, los pronunciamientos del gobierno venezolano sobre temas internacionales tuvieron un carácter ambicioso

y radical, y suscitaron preocupaciones en el mundo exterior.

Con respecto al conflicto civil colombiano, y los esfuerzos por una paz negociada en el hermano país, el mandatario venezolano en repetidas ocasiones manifestó su posición de "imparcialidad" y hasta de "neutralidad" en esa grave contienda entre un gobierno legítimamente electo y una guerrilla extremista. Dejó entrever su simpatía ideológica y personal hacia los dirigentes rebeldes colombianos. Permitió que cundiese la persuasión mundial de que Venezuela prestaba cooperación y ayuda activa, no sólo a la guerrilla de Colombia, sino también a movimientos radicales de otros países sudamericanos, en cumplimiento de consignas doctrinarias de extrema derecha ("ceresolismo") y de extrema izquierda (marxismo-leninismo ortodoxo y dogmático).

La presunta colusión entre el régimen bolivariano de Caracas y sus afines ideológicos en Colombia, en realidad jamás fue de utilidad positiva para los partidarios de cambios estructurales en beneficio de las cla-

ses pobres y excluidas, sino, por el contrario, provocó una mayor unificación de los factores represivos y mantenedores del status quo en las Américas. El Plan Colombia, financiado y orientado mayormente por el aparato estratégico norteamericano, se aceleró y se amplió en parte por el nuevo desafío venezolano. La opinión pública mayoritaria de

Una serie de actos de radicalismo verbal hicieron del Presidente venezolano actual una persona poco grata en las esferas oficiales de Washington.

Colombia se volcó hacia una "línea dura" y en contra del régimen venezolano. Como efecto colateral, quedó deshecho el equilibrio militar colombo-venezolano, inclinándose la balanza

cada vez más a favor de Colombia, con todas las consecuencias que ello pueda tener para las relaciones bilaterales entre Caracas y Bogotá.

Ante la América Latina en su totalidad, acabó por fracasar (y posiblemente por quedar en ridículo) el proyecto venezolano de un liderazgo estratégico que, según el Presidente de Venezuela, contemplaba una integración primero política y militar, y sólo en segundo lugar económica. Como logro positivo sólo cabe registrar la continuación del acercamiento y la cooperación con Brasil, iniciados por el gobierno venezolano anterior.

A escala global, finalmente, los grandes proyectos iniciales venezolanos, de protagonismo en la creación de un modelo de multipolaridad opuesto a la hegemonía de una sola potencia, no han tenido éxito debido, en parte, a la forma improvisada, agresiva y personalista en que fueron presentados.

Una serie de actos de radicalismo verbal hicieron del Presidente venezolano actual una persona poco grata en las esferas oficiales de Washington. Entre estos actos figuran: a) la carta de abril de 1999 que expresa irrestricta solidaridad al terrorista "Carlos"; b) los rechazos a la misión militar norteamericana, a los sobrevuelos antidrogas del territorio nacional y a la ayuda despachada por el Pentágono a raíz del desastre natural de Vargas; c) la amistosa y solidaria visita a Sadam Husein en agosto de 2000; d) la intención manifiesta (objetada también por las monarquías árabes del Golfo Pérsico) de tratar de convertir la OPEP en una alianza político-estratégica en la cumbre celebrada en Caracas en septiembre de 2000, y e) la actitud ambigua y luego francamente hostil adoptada por los gobernantes venezolanos ante el ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001 y las subsiguientes reacciones bélicas de Estados Unidos contra Afganistán e Irak. Algunos asesores norteamericanos se inquietaron igualmente por el acercamiento venezolano-cubano y los rumores sobre un proyecto revolucionario que abarcaría vastas zonas de Latinoamérica y del Caribe.

2001-2003: etapa "agresivamente defensiva"

La ofensiva protagónica arriba descrita fue seriamente afectada e interrumpida por los sinsabores internos que el actual gobierno venezolano sufrió desde los comienzos del año 2001. La pérdida de la popularidad presidencial, la aguda polarización del país entre bandos irreconciliables, las gigantescas manifesta-

ciones de protesta, la crisis del 11 al 13 de abril y sus largas secuencias de 2002 y 2003, incluido el paro general que sacudió al mundo, hicieron que la diplomacia venezolana adquiriese un nuevo carácter, que podría ser calificado de "agresivamente defensivo".

El discurso oficial, y una vasta campaña propagandística obviamente bien financiada e inteligentemente ejecutada, se concentran desde los primeros meses de 2003 en denunciar continuamente la "conspiración fascista" que supuestamente amenaza al régimen y en solicitar el apoyo de la opinión pública en su defensa.

Al mismo tiempo, en el terreno económico, se ha impuesto una táctica línea de acomodos y complacencias con el gran capital foráneo. El desmantelamiento de PDVSA luego del paro general, junto con el debilitamiento de la economía privada nacional por efecto de la fuga de capitales y de cerebros inducidas por las amenazas verbales del régimen, han abierto un inmenso espacio para la penetración financiera y tecnológica de las transnacionales en los sectores claves de la producción venezolana de bienes y servicios, y sobre todo para la reconquista del control efectivo sobre nuestro petróleo. Por ello, el actual Presidente venezolano, pese a su radicalismo nacionalista verbal, es considerado como "conveniente" y hasta calificado de "neoliberal de hecho" por círculos económicos cercanos a la Casa Blanca y al Pentágono.

* Dr. en Ciencias Políticas.
Exembajador de Venezuela